

CRONICAS CHILENAS DE BELLAS ARTES

HERNÁN LARRAÍN

Hernán Larraín
Oleo. (Indochina)Hernán Larraín
Oleo. (Indochina)

Se ha criticado a la pintura nuestra, con una justicia que no puede negarse, la falta de vigor y el espíritu ensayista de nuestras tentativas. Una indecisión que no cabe desconocer y un afán de perderse en elucubraciones y en compromisos de orden estético han substraído al artista nacional buena parte, tal vez la mejor, de la simpatía que la patria (sin lo cual la vitalidad artística no puede sostenerse) brindó en días no distantes a Valenzuela Llanos, a Lira y a González.

La carencia de vigor en las manifestaciones de la pintura, la ausencia de interés por los sentimientos humanos, de «ideales» como suelen expresar, a veces, personas que, viviendo a un lado del arte y de la crítica, no carecen de una cultura elevada ni de interés por el progreso espiritual del país, mantienen separado al artista y condenado a no expresarse por falta de medios. Por su parte este último, careciendo de estímulo, se ha empeñado en aferrarse a su actitud de hierofante de ritos misteriosos. No negaré su orgullo mezclado a petulancia, pero no negaré asimismo que la crítica, las más de las veces, ha sido para él incomprensiva hasta la malevolencia. Si en un largo período no hemos tenido obras, es que algo se gestaba en una mezcla de esfuerzos contradictorios. El año pasado vimos los primeros frutos de esa lenta maduración en cuadros de Bontá, de Roberto Humeres y de Héctor Banderas. Y eran resultados que

prometían con elocuencia. Eran un retorno a cosas viejas y nobles, pero refundidas en un nuevo crisol. Es así tal vez la verdad del aforismo latino, *nihil novum sub sole*, que con formas viejas se llegue a nuevas combinaciones. «¡Leves son los pies del tiempo sobre las condiciones que presiden la vida de los mortales!», escribe Pérez de Ayala con gracia y juicio áticos. Pudieran de Ayala y el *Eclesiastés* moderar el delirio de los exacerbados de modernidad y de los entusiastas pregoneros del mundo nuevo.

Tengo delante de mí unas cuantas fotografías de trabajos de don Hernán Larraín (no es todo para mal en este oficio de la crítica) que me han sugerido las reflexiones que acabo de hacer. El señor Larraín es un artista nuevo y un artista viejo. Me inclino a pensar que lo ignora, y no quisiera yo que esas ideas fuesen a perturbar la seguridad espontánea de su espíritu. No sé si porque es vieja o porque es nueva que su obra me atrae, que la considero con afecto y hasta me atrevería a decir que con la satisfacción con que se sienten los éxitos propios. Hernán Larraín tiene vigor sin balandronada y elocuencia sin énfasis. Es radical su manera de enfocar el problema artístico. Le llamaría realista si esa palabra no sirviera para designar a pintores sin fantasía creadora. Es realista porque acusa lo que ha visto y sentido—que es real y muy real—con decisión y franqueza, con crueldad a veces, pero sin demasia. No obstante su espíritu objetivo, sabe mejor, mucho mejor que los quintaesenciastas que llevan la rea-

dad al plano de lo emocional. ¿No será ese el signo más propio de un verdadero, de un gran pintor? Dejo al lector la respuesta.

Junto con las fotografías, me sirven de fuente de información, algunos recortes y juicios críticos sobre don Hernán Larraín. Tengo entendido, sin poder afirmarlo, que hizo sus estudios en Europa, principalmente en Roma. Ultimamente vivió en la Indochina Francesa, en cuya capital (Saigón) ha realizado una exposición de sus obras. La prensa de la ciudad, que le ha comentado con mucho elogio, pondera la belleza del colorido de la pintura del señor Larraín. Da cuenta, además, de la inauguración, con asistencia de las autoridades francesas —¡sabe Dios si en Chile no hubiese sido tan honrado!— y se habla de él como un viejo conocido. Es más, ninguno de los artículos que leí hace mención de la calidad de extranjero del señor Larraín.

Prefiero, para terminar, dejar la palabra a un articulista saigónés:

«Hay retratos, dice, de los cuales el más brillante es, ciertamente, el de Claude Pagés, el hijo de nuestro Gobernador. El autorretrato del artista es igualmente un éxito. Citemos todavía el de la joven china, el de la joven cambodiana, las cabezas de Moisés.

«Vienen después los estudios de desnudo, que son soberbios: la mujer del Cambodge acostada, es un trozo (hablamos del cuadro) magnífico».

Más adelante agrega: «Lo que hace la cualidad esencial del talento del señor Hernán Larraín, como pintor de temas indochinos, es, a nuestro juicio, el arte con que sabe caracterizar la luz de este país. Luz de un matiz muy especial,

que no es el azul puro y profundo de los cielos de Francia, sino una luz ligeramente lechosa, anacorada».—G. L.

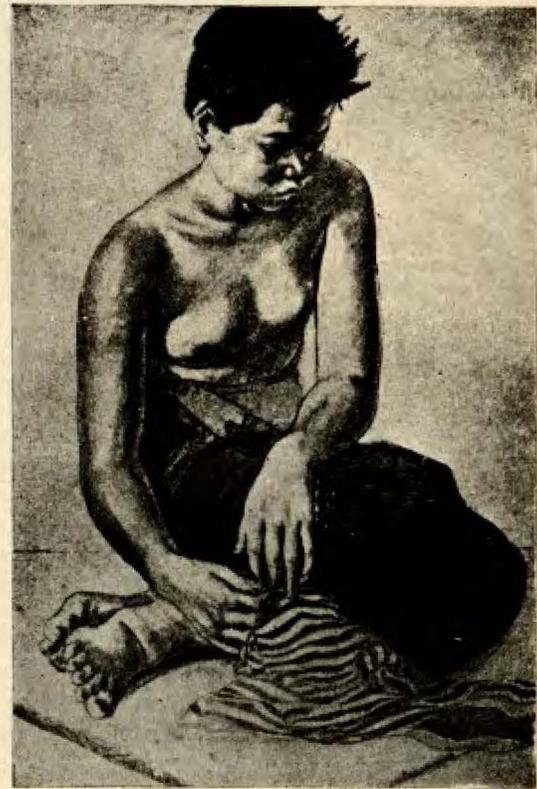
LA EXPOSICIÓN DEL GRUPO DE LOS TRABAJADORES DE LAS ARTES PLÁSTICAS

El nombre tiene la sonoridad del trueno. Es además cargado de significación y de promesas. Sonoro, y significativo, hubiese dicho don Quijote, parece heraldo de la fuerza ciclópea. Y las promesas y los augurios se cumplirán, no hay duda, en lo futuro, porque hoy en día la exposición que nos ocupa no debe ser sino la necesaria inspiración antes de emprender la carrera. Es la invocación con que los divinos Aedos comenzaban sus cantos sublimes. No de otro modo puede explicarse que los Trabajadores de las Artes Plásticas presentasen ese conjunto de telas que ya hemos visto en diferentes exhibiciones. Admitido que no se puede pedir a los artistas, por Trabajadores que sean, novedades para cada ocasión, es, no obstante, sorprendente que una institución de nobleza, si no muy antigua, muy sonante, se manifieste con tanta parquedad en obras de interés. Y cuidado que estos grupos suelen llamar imbécil de capirote al que por de contado no aplaude.

Ya siento que en un hálito tibio me azota el rostro esta injuria que tanto mortifica el amor propio de los humanos. Con todo, encuentro que mucho de la selección podría ser discutido y otro tanto negado, no fuese la brevedad el mérito que el cronista tiene más a su alcance. Indicaré, sin embargo, el cuadro número 44, de Héctor Cáceres, que



Hernán Larraín
Oleo. (Indochina)



Hernán Larraín
Oleo. (Indochina)



Augusto Izquierdo
Oleo. Paisaje
Foto Quintana

me parece el único realmente bello en la exhibición. Cáceres es el único de esos intrépidos forjadores de arte, que justifica el aspecto de croquis que tiene buena parte del conjunto de obras presentadas. Yo le perdono de buen grado la poca consistencia de la calidad material de su cuadro. Para él no se trata más que del color y de la belleza de sus relaciones. Tampoco le reproché la procedencia Matisse de su arte, puesto que sabe darle un acento de personal intimidad.

Algo nuevo en la exposición son

los aguafuertes de Pancho Parada. Reconozco que tiene gracia Pancho, aunque intuyo que llega tardío al ágape de los picassianos. —J. L.

EXPOSICIÓN IZQUIERDO MATTE

Fué el debut de un maestro, de ejecución expeditiva, fácil, quizás demasiado. Es lo que entendemos en Chile por audacia artística, por lo menos entre pintores. Por desgracia, es una virtuosidad común a muchos. La pasta generosa—jugosa suele decirse—la libertad, la vi-

sión amplia, se dice también, por más que a veces el ojo se distrae en los arabescos y en los amontonamientos inútiles de la materia. La pasta es un placer, como la gula. No le agradaba á Ingres, pero esos eran otros tiempos; tampoco Picasso se dejó nunca llevar por esos caminos, pero esos son otros gustos y cada cual es libre de tener los suyos. No podemos, en consecuencia, reprochar los propios al señor Izquierdo Matte, sobre todo que no siempre son objetables. En el sentido del color no se trata aquí de un artista vulgar. Las tonalidades son sobrias y las relaciones bien buecadas.—G. L.

LEONOR RAGAU DE REEVES

Inauguró la temporada de este año la distinguida pintora argentina, señora Leonor Ragau de Reeves. Su exhibición en la Sala del Banco de Chile demostró su interés por los paisajes y costumbres populares, y particularmente araucanas, de nuestro suelo. Toda su pintura, impregnada de saludable sol, demuestra un temperamento apasionado por lo vital y por lo espontáneo.

EL PADRE ARANDA

En una de las salas laterales del convento de los Reverendos Padres franciscanos, de esas salas que dan sobre la Avenida Recoleta, el padre Angélico Aranda ha querido ofrecer una muestra de sus trabajos de arte. Una colección de paisajes, algunos temas religiosos a los que se suman dos cuadros del Rev. Padre Brown. Son pinturas austeras, de coloración gris, despojadas de los sensualismos y de

las turbulencias a que tanto se aficióna el mundo contemporáneo. Más bien preocupa al Padre Brown buscar la expresión del carácter y la emotividad de sus temas místicos. El Padre Angélico es más aficionado, pero con ingenuidad e inocencia, a las alegrías, a veces tan puras, que pueden proporcionar los sentidos mortales. El color es en él la razón de ser de la pintura, de una pintura clara, dichosa y reposante.

EXPOSICIÓN MELOSSI

Es la naturaleza en su estado original el arte del señor Melossi. Es el natural en estado nativo, se diría empleando para las artes el lenguaje de la mineralogía. "Era así este paisaje, parece decirnos el pintor. Había estos árboles, estas piedras, estas colinas, esta triste pirca, esta construcción, etc. No es culpa mía si estas malezas no eran más que greñas, si todas estas colinas, árboles y piedras no presentaban eso que los pintores llaman ritmo lineal. Pinto lo que veo, no interviengo, y no puedo, por consiguiente, ser responsabilizado, si este tierno cespéd, ese cielo azul y las nubes blancas producen un efecto frío y agrí dulce"... El verismo del señor Melossi no es excepcional entre nuestros artistas, en él es apenas un poco más agudo que en otros que son también discípulos de libre natura y autodidactas. Para ellos se ha hecho el paisaje, género ameno donde muchas cosas pueden excusarse.

En estricta justicia no se puede exigir mucho del señor Melossi, quien si no me equivoco, dedica a las artes una porción precaria de sus actividades. En esa forma no puede darse uno a pensar que un

cuadro debe ser, antes que nada, una combinación organizada de líneas y una conjugación de colores. Puede ser más, mucho más, si se quiere, pero no será una hermosa pintura si no satisface esas dos condiciones primordiales, y no se piensa que sea lo anteriormente expuesto una presunción extremada. Un niño, de condiciones, naturalmente, con algunos lápices de color nos aventaja en gran modo a los que nos hemos formado en esta escuela del natural. El instinto del color es en esa edad tan espontáneo como elocuente y subjetivo. Por otra parte, si sus materiales son pocos, sabe sacar de ellos un partido máximo. En cambio, nosotros los del naturalismo, qué torturas no infligimos a un material tan noble y rico de recursos como la pintura al óleo. Le hemos exigido entrar en una competencia con la propia luz del sol, le tiramos de cualquier modo sobre la tela y le violentamos en todo sentido. Las famosas sesiones frente al modelo nos obligan a un trabajo precipitado en el cual el material sufre. Si un Van Eyck, Holbein o Pisanello apareciesen entre nosotros sentirían escalofríos de horror delante de nuestros procedimientos y de nuestras preocupaciones. Por una coincidencia extraña nada hay más opuesto al naturalismo que el espíritu clásico que se dice representar la Sociedad artística que preside o ha presidido el señor Melossi. Dejemos a un lado a los grandes artistas de la línea y de la expresión: Ingres, Botticelli, Durero Leonardo. Tomemos para que la comparación no nos humille demasiado a Corot. El color perla diáfano de los cielos, el verde plateado y frío de sus follajes en la luz que va tornándose parda y cálida

en las sombras, esas notas agudas que sabe introducir al colocar algunas figuras, son con variaciones infinitas y sutiles, la trama de sus recursos pictóricos. Son esos recursos, esa selección de los medios lo que hace la belleza y la poesía de sus cuadros y que el profano atribuye a los objetos representados: unas cuantas cosas que bordean un camino, algunos árboles al borde de un lago.

BERTA SMITH LANGLEY

En la Casa Eyzaguirre tuvo lugar la exposición de cuadros de la señorita Berta Smith. Conjunto homogéneo de cuadros cuyos temas eran motivos callejeros, flores y paisajes realizados con gracia amable y fina observación.

LA SEÑORA LUISA LYNCH DE GORMAZ

En un medio artístico, existen dos elementos indispensables de vida y progreso efectivo. Por una parte, los artistas, que crean obras originales o bien trabajan por extender la comprensión del arte en



Berta Smith Langley.
Oleo (Foto Quintana).



Rodin
Busto en mármol de la
señora Luisa Lynch

la colectividad; por otra, las personas de espíritu cultivado y entusiasta que prestan estímulo a los artistas y consagran las ventajas de su rango o de sus fortuna al servicio de un ideal de dignificación artística.

Dentro de este segundo aspecto, debemos señalar la personalidad de la señora Luisa Lynch de Gormaz. Nacida en un hogar ilustre, su destino la llevó a refinar su comprensión innata del arte en con-

tacto con las personalidades europeas más interesantes, ampliándola además en una larga convivencia con el espíritu de las civilizaciones de Oriente.

No fueron estas peregrinaciones por ambientes diversos el superficial vagabundeo de un inquieto turista. La señora Lynch supo recoger en ellas, como un verdadero artista, todo lo substancial y valioso que pudiera enriquecer su propia visión, para hacerlo irradiar

en torno suyo con generoso impulso comunicativo.

Bastaría para el prestigio de una personalidad semejante mencionar el apoyo que ella supo prestar, en un momento decisivo, a uno de los más grandes artistas modernos: Auguste Rodin. Fué la señora Lynch una de las primeras en comprender el genio de este escultor, dándole oportunidad para darse a conocer cuando realizó su «Retrato», punto de partida de una gloriosa carrera. Y aun este rasgo se enaltece más si se añade que, consciente de la importancia que esa obra inspirada por ella entrañaba para el artista, no vaciló en regalársela. Rodin, agradecido por esta nobilísima actitud, correspondió obsequiándole una hermosa «Danaide» en mármol, y trabajando una «maquette» para el monumento del Almirante don Patricio Lynch, que desgraciadamente no llegó a realizarse.

Como este ejemplo, podríamos citar muchos otros en la vida de la señora Lynch, que siempre desbordó de comprensión humana y cordial para todo lo que significara un valor del espíritu. Artistas plásticos, músicos, poetas, pensadores encontraron en ella estímulo fervoroso, y su hogar, del cual hizo un santuario íntimo de recogimiento y de consagración a la belleza, siempre para ellos se mantuvo abierto fraternalmente.

Toda iniciativa artística en nuestro país despertaba su interés y la movía a prestar una cooperación activa. La «Sociedad Bach», la «Asociación de Conciertos Sinfónicos», los «Amigos del Arte» y otras instituciones la contaron entre sus fundadores y miembros más entusiastas. Sus colecciones de arte,

seleccionadas con gusto seguro y versación poco común, las hizo servir generosamente a la educación pública, y merece recordarse la Exposición de Arte Japonés, que organizó hace algunos años en el Palacio de Bellas Artes. Kakemonos y estampas de Korin, Hokusai, Outamaro, Hiroshigúe y otros grandes maestros del Japón, tapices, cerámicas y otros objetos de arte de precio inestimable revelaron, en un conjunto rico y armó-

nico, toda la belleza refinada que encierra esa gran cultura de Oriente.

«La Revista de Arte» rinde un justo homenaje a la memoria de este espíritu de selección que fué la señora Luisa Lynch de Gormaz. Su fallecimiento, acaecido en el presente año, ha marcado una pérdida dolorosa para nuestro ambiente artístico, al cual su vida se vinculó íntimamente como acción eficaz y como dignificante ejemplo.—C. H. S.

versiones, como esta vez o en Francfort, gran pintor. La pequeña Anunciación de Dick Bouts era digna de figurar al lado del maravilloso Van Eyck que pertenece hoy en día a Mr. Mellon. Con todo las perlas de este grupo de cuadros son el Rubens y los dos Rembrandt. El retrato de Helene Fourment, una de las más magníficas entre las últimas obras del maestro, era una de las glorias del Ermitage. La técnica flexible más acariciadora y como dolorida de esta época no produjo nunca ni aun en la Santa Cecilia de Berlín semejante prodigio. El vestido negro está pintado con una riqueza de matices que Rubens no había conocido anteriormente. El excelente estado de conservación de la tela aumenta todavía su valor. Es

NOTICIARIO EXTRANJERO DE ARTES PLÁSTICAS

INGLATERRA

La colección Gulbenkian en la National Gallery.—«Mr. Gulbenkian, el conocido coleccionista parisiense, ha prestado una parte de sus numerosos tesoros a la Galería Nacional de Londres, donde se nos dice que permanecerán expuestos hasta fines del año próximo, en la sala XXVIII que les ha sido reservada por la dirección. Se ve allí particularmente un maravilloso retrato de Van Dyck pintado en su vigorosa juventud, un bellissimo retrato de mujer perteneciente a la época mediana de Frans Hals, la brillante «Fete a Rambouillet», de Fragonard, trozo infinitamente más importante el que posee de aquel maestro la misma National Gallery, dos encantadores retratos ingleses del sig'o XVIII (Romney y Gainsborough) y un atrayente primitivo alemán, la presentación al templo atribuida al maestro Willhem de la escuela de Colonia. Pero el verdadero éxito de la sala XXVIII son, sin réplica, los seis cuadros que provienen del Museo del Ermitage».

«Sesabe que el gobierno soviético ha vendido una gran parte de las obras maestras de ese museo. La mayoría de ellas han sido adquiridas por Mr. Andrew Mellon, antiguo ministro y embajador en Londres de los Estados Unidos, quien ha formado con ellas el fondo principal del museo que abrirá en poco tiempo más en Washington. Otras han pasado a diversas colecciones públicas y privadas de Europa y de América (el Rijhsmuseum de Amsterdam ha tenido su parte); algunas hasta han hecho el viaje de Leningrado a Melbourne, como el famoso festín de Cleopatra del Tiépolo, que se encuentra hoy en día en la Galería Nacional de Australia. Los cinco cuadros de G. M. Gulbenkian no son de los más mediocres—lejos de eso—entre los despojos del Ermitage. Las dos telas de Hubert Robert llamadas por error tradicional la Construcción de Versalles (se trata de trabajos efectuados en el parque, a fines del siglo XVIII) cuentan entre las más finas de este maestro desigual que es siempre un amable decorador, pero que no se revela sino en raras

Rondin. Monumento al Almirante Patricio Lynch.

